

Kate White

Si las miradas matasen

TRADUCCIÓN DE
Montserrat Gurguí y Hernán Sabaté



1.ª edición Nausicaä octubre del 2008
www.nausicaa.es

Copyright © 2002 by Kate White
Copyright © de la traducción, Montserrat Gurguí y Hernán Sabaté, 2008
Copyright © de la edición, Nausicaä Edición Electrónica, s.L. 2008

Título original: *If Looks Could Kill*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

ISBN: 978-84-96633-33-9
DEPÓSITO LEGAL: B-49367-2008

Impreso en España - Printed in Spain

Compuesto en Caslon 12/14

A Hunter y Hayley
Gracias por todo vuestro aliento y apoyo

Capítulo 1

Cat Jones era una mujer que no sólo había alcanzado todo lo que quería en el mundo —en su caso, un fabuloso empleo como jefa de redacción de una de las revistas femeninas de mayor tirada, una espléndida casa en Manhattan y un marido atractivo y con carrera propia—, sino que también había conseguido, con el paso de los años, lo que deseaban las demás mujeres: los fabulosos trabajos de éstas y a sus atractivos maridos. Resultaba difícil no detestarla. Así, cuando su mundo perfecto comenzó a trastocarse, yo habría podido sentir la tentación de volver mi cabeza hacia la almohada y soltar una risilla, «je, je, je». Pero no lo hice. No me alegré de su desgracia como, estoy segura, hicieron muchas otras; muy al contrario, me lancé a su rescate. ¿Por qué? Porque me ayudaba a pagar los recibos; porque, por extraño que pareciera, era amiga mía y, sobre todo, porque, como escritora de artículos de sucesos, siempre me han resultado absorbentes las historias que comienzan con un cadáver y que conducen irremediabilmente a un infarto.

No puedo olvidar el momento en que empezó toda esta historia. Fue una mañana de domingo, a principios de

mayo. Yo estaba acurrucada bajo las sábanas de mi cama de matrimonio junto a Kyle Conner, McConaughy, agente de inversiones, de treinta y cuatro años y fanático de la vela. Empezaba a notar que se animaba y sólo esperaba no hacer nada que alterase el delicado ecosistema del momento. Era la sexta vez que salíamos juntos y la segunda que nos acostábamos y, aunque la cena había sido agradable y el sexo de esa noche había resultado mejor que el de la primera vez, yo me notaba un hueco en el estómago, de esos que sientes cuando te descubres babeando por un tipo al que has empezado a notar tan asustadizo como una cabra alpina. Sólo era preciso un comentario inadecuado por mi parte —proponerle, por ejemplo, pasar un fin de semana en algún hotelito de Berkshires— y saldría por la puerta derrapando.

El teléfono sonó en el preciso momento en que él cerraba la mano alrededor de mi pecho derecho. Instintivamente, miré el reloj. Dios, apenas eran las ocho y diez. Dejaría que recogiera la llamada el contestador, fuera quien fuese el imbécil que llamaba a aquellas horas. Era demasiado pronto para mi madre, que andaba de un lado para otro en la Toscana, y demasiado tarde para los ex novios borrachos, que solían llamar a las dos de la madrugada desde los teléfonos públicos de los bares de las calles por debajo de la Catorce. Tal vez fuera el presidente de la escalera. Sería muy propio de él tratar de ponerse en contacto conmigo a aquellas horas con alguna queja patética, como que tenía mi bicicleta aparcada indebidamente contra una pared en el sótano.

—¿Tienes que responder? —preguntó K.C., deteniendo la búsqueda que había emprendido su mano.

—He dejado puesto el contestador —respondí. No estaba segura de si me había acordado de bajar al máximo el volumen. El cuarto timbrado se interrumpió bruscamente y una voz de mujer atronó en el dormitorio desde el pequeño despacho contiguo a la alcoba. No, no lo había bajado.

—¿Bailey?... ¿Bailey?... Responde, por favor, si estás ahí. Soy Cat... Necesito tu ayuda... Bailey, ¿estás ahí?

Solté un gemido.

—Será mejor que responda —dije, escaqueándome de debajo de mi edredón. Me apoyé en el codo y alargué la mano para alcanzar el teléfono de la mesilla de noche.

—Hola —dije, tras un carraspeo—. Estoy aquí.

—Oh, gracias a Dios —suspiró Cat Jones—. Oye, ha ocurrido algo y me estoy volviendo loca. Necesito tu ayuda.

—De acuerdo, cuenta —repliqué, tranquila. Si no reaccioné con mayores muestras de preocupación se debió a que hacía siete años que conocía a Cat Jones y la había visto despotricar hasta de que en la tintorería le hubieran planchado mal la raya de los pantalones.

—Es mi niñera... ya sabes, Heidi.

—¿También se ha marchado?

—No te hagas la graciosa, por favor. Le ocurre algo. Llamo a la puerta de su cuarto, en el piso de abajo, y no responde.

—¿Y sabes seguro que está ahí?

—Sí, ayer hablé con ella y me prometió que hoy estaría.

—Cat, por Dios, pero si sólo son las ocho de la mañana —protesté—. Debe de estar durmiendo. O hay algún chico con ella y le da vergüenza abrir la puerta.

La mano de K.C., que había estado acariciándome el pecho, había perdido gran parte de su entusiasmo.

—Pero Heidi no me ha dejado nunca plantada —dijo Cat. Claro que no, poca gente se atrevería a hacerlo.

—Tal vez no esté en casa. Puede que pasara la noche en la casa de alguien.

—Dijo que no iba a salir. Esto me da muy mala espina.

—¿Y no puedes entrar en su casa? Tú tienes una llave ¿no?

—Me da miedo hacerlo sola. ¿Y si ahí dentro algo... algo anda mal?

—Bueno, ¿y qué hay de Jeff? —inquirí, refiriéndome a su marido.

—Se ha marchado a pasar el fin de semana en el campo con Tyler. Yo tenía cosas que hacer aquí y... —añadió, casi a la defensiva.

—¿Y no hay nadie cerca, algún vecino?

—No, nadie en quien tenga confianza.

Entonces, Cat hizo una de sus famosas pausas, que habían empezado como un truco para impulsar a la gente a llenar el silencio y que le contarán sus secretos más íntimos, pero que había llegado a convertirse en un hábito involuntario, como quien se mordisquea las uñas mientras piensa. Esperé a que hablara, escuchando el sonido de la respiración de K.C.

—Tendrías que venir, Bailey —añadió, por fin.

—¿Ahora? —exclamé—. Mira, son las ocho y once de un domingo por la mañana. ¿Por qué no esperas un poco más? Apuesto a que ha dormido en casa de algún amigo y ahora mismo intenta pillar un taxi.

—Pero, ¿y si no es eso? ¿Y si le ha sucedido algo ahí dentro?

—¿Qué quieres decir? ¿Que se ha desmayado de la cogorza o que se ha colgado del marco de una puerta?

—No..., no sé. Es que me parece extraño. Y tengo miedo.

A estas alturas de la conversación, ya me daba cuenta de que el asunto era más serio que un problema con la tintorería, que Cat estaba hecha un manojito de nervios y que hablaba en serio cuando me decía que quería que acudiese, sin perder un minuto, a la calle Noventa y uno, en la parte alta de Manhattan.

—Vale, vale —dije—. Tardaré media hora como mínimo en vestirme y llegar.

—Date prisa, ¿de acuerdo?

Colgó el teléfono sin despedirse siquiera.

Para entonces quedaba poca lujuria en mi bello galán. Había dejado que su mano se escurriera de mi pecho y se había dado la media vuelta. Una vez, oí decir a alguien que Cat Jones resultaba tan intimidante que había logrado que alguno de los hombres con los que se había acostado se quedara impotente, pero incluso yo, que no la había subestimado nunca, me quedé impresionada de que hubiese conseguido que le ocurriera lo mismo al hombre con el que yo estaba, desde ochenta manzanas de distancia.

—Mira, K.C., lo siento mucho —dije, al tiempo que me volvía hacia él. dije dándome la vuelta y mirándole. Tenía sangre irlandesa en las venas, y se notaba; castaño oscuro, ojos casi negros, piel pálida, paletas que le sobresalían ligeramente...—. La mujer para la que trabajo tiene una niñera interna y cree que le ha sucedido algo. Tengo que ir a su casa y sacarla del aprieto.

—¿Te referes a Cat, tu jefa en *Gloss*?

—Sí, la guapa pero hipersensible, Cat Jones. Si quieres, puedes quedarte hasta que vuelva.

Habría querido añadir, «y cuando regrese, te haré cosas que ni te imaginas», pero en aquel momento no me sentía para muchas provocaciones.

—No, debo irme ya —dijo—. ¿Puedo hacer un ataque preventivo a tu cuarto de baño? Seré rápido.

—Pues claro. Voy a preparar café. ¿Quieres comer algo? ¿Un bocadillo?

—No es necesario —respondió al tiempo que sacaba su brazo de debajo de mí para poder salir de la cama. Se inclinó hacia un lado para coger los calzoncillos y se dirigió al baño. Estupendo. No había habido ni un asomo de mordacidad en su «no es necesario», como si sospechara que yo había encontrado una excusa para sacármelo de encima. O quizá se sentía aliviado. De este modo, se ahorra el apuro de decidir cuánto rato más tenía que quedarse en mi casa o si debía llevarme a desayunar fuera una tostada francesa y un cóctel de champán con zumo de naranja.

Me obligué a saltar de la cama y me eché una mirada de reojo en el espejo de mi tocador. Supongo que podría decirse de mí que soy bastante atractiva pero, por lo que hace al aspecto físico, la mañana no ha sido nunca mi mejor momento. Me había quitado todo el maquillaje de la noche anterior, de modo que no vi reflejado un espectro a lo «novia de Chucky», pero mis cabellos castaño claro tirando a rubio, que llevaba muy cortos, se me erizaban en lo alto de la cabeza como si se hubiera instalado en ella un puerco espín. Los cepillé varias

veces hasta que los alisé y me puse unos vaqueros, una camiseta blanca y una chaqueta negra de punto.

Mientras me dirigía a la cocina, oí los chapoteos de K.C. en el cuarto de baño. Encendí la tetera (el café lo hago con una cafetera de émbolo) y, cruzando la sala, salí a la terraza a ver qué tiempo se preveía aquel día. Vivo en Greenwich Village, en el extremo más oriental, justo antes de que comience el decrepito East Village, y mi vista da al oeste, hacia el río Hudson, oculto por edificios grises, rojos y de color arena, y por algunos depósitos de agua del XIX esparcidos por las azoteas. Hacía fresco y el cielo estaba emborronado y grisáceo.

—¿Cómo conseguiste este apartamento? Cuéntamelo otra vez.

K.C. estaba en el umbral, completamente vestido y a punto de largarse. Aquel hombre poseía un indudable trasfondo canalla, que quedaba casi totalmente disimulado cuando lucía sus trajes de banquero azul marino, pero que en aquel momento, vestido sólo con los pantalones y una camisa arrugada que había recogido del suelo de mi habitación donde la había tirado de cualquier manera la noche antes, se hacía de lo más evidente. Me sentí dividida entre el deseo de ponerme tierna y las ganas de obedecer a la vocecilla que me decía: «Huye, Bambi, huye».

—Me divorcí y esto fue parte del premio de consolación.

—Ah, sí, cierto. —Avanzó tres pasos hacia mí y añadió:— He utilizado tu cepillo de dientes, señora Weggins.

—Entonces, me apetecerá mucho usarlo la próxima vez —repliqué. Casi me estremecí al oír lo que estaba diciendo. En una ocasión, escribí un artículo sobre una mujer que tenía catorce personalidades, incluida la de un adolescente llamado Danny al que le gustaba provocar incendios pavorosos en almacenes. Tal vez fuese eso lo que me estaba sucediendo a mí.

Pero él sonrió por primera vez aquella mañana, se inclinó hacia delante y me besó con firmeza en la boca.

—Que tengas un buen día.

—Oh, seguro que sí. Me lo pasaré rastreando Nueva York en busca de la niñera desaparecida.

—Espero que la chica lo merezca —dijo.

—¿Quieres apuntarte? —pregunté en un arranque de imaginación o de estupidez.

—No puedo —respondió—. Voy a salir a navegar.

Lo acompañé a la puerta del apartamento, recorrí los cerrojos y abrí la puerta. Vio el *New York Times* en la alfombra, lo recogió y me lo dio. Después, esbozó su sonrisita tensa con las cejas arqueadas y se volvió para marcharse. Nada de, «te llamaré luego», o, «ha sido el polvo más maravilloso de mi vida». Sentí el deseo momentáneo de arrojarle el periódico a la espalda pero cerré la puerta y rogué a los dioses que me impidieran enamorarme en serio de él.

Al cabo de doce minutos, estaba en un taxi camino de la parte alta de Manhattan. Me había lavado los dientes, había hecho café y lo había metido en un vaso de plástico. Intenté tomarlo en el taxi, pero el conductor iba demasiado deprisa, así que dejé lo dejé en el suelo sujeto entre mis pies.

A aquellas horas, las aceras estaban vacías; apenas se veía a alguien que paseaba al perro o a algún taxista que salía de una tienda con una taza de café desechable azul y blanca. La última vez que había estado en la calle un domingo por la mañana tan temprano había sido hacía un año, volviendo a casa después de pasar la noche con un ligue ocasional, vestida todavía con un traje de fiesta negro.

Al llegar a la calle Veintitrés, giramos a la derecha para llegar todo recto hasta el final y tomar la Avenida Franklin Delano Roosevelt. Mientras avanzábamos al lado del río, el sol abrió un pequeño agujero entre las nubes, como una quemadura, y el agua brilló como el acero.

Intenté leer la portada del periódico, pero era incapaz de concentrarme. No dejaba de preguntarme si había estropeado por completo las cosas con K.C., largándolo de casa por una estúpida niñera que seguramente habría pasado la noche echando un polvo y que pronto volvería a casa con una marcada rojez en la cara por culpa del restregón de una barba. Conocía de vista a Heidi. Era una muchacha asombrosamente

bonita y reservada, de Minnesota o de Indiana, a la que habían importado para que cuidara de Tyler, el hijo de dos años de Cat. De hecho, la había visto el jueves por la noche, en su casa, durante la fiesta a la que había asistido. Había aparecido un momento en la entrada para buscar la chaqueta de Tyler en un armario. En esa ocasión, me había mirado como si fuese la primera vez que nos veíamos.

Estaba segura de que, cuando llegase a casa de Cat, Heidi ya habría aparecido y yo volvería a tomar un taxi, gastando otros quince dólares en el trayecto de vuelta. El único consuelo era que había empezado el día temprano. Además, no me quedaba realmente otro remedio que acceder a lo que Cat me pedía. No sólo era amiga mía, sino que también era responsable, en parte, de la fantástica carrerita profesional que disfrutaba ahora, a mis treinta y tres años. Me había nombrado colaboradora fija de su revista, *Gloss*, una de las llamadas «Siete Hermanas», que antaño se había especializado en la publicación de recetas de platos de pollo hechos con sopa de crema de champiñones y semblanzas de mujeres que dedicaban la mejor parte de su vida a luchar para que los vertederos tóxicos fueran erradicados de sus ciudades; bajo la dirección de Cat, sin embargo, la revista se había transformado en una publicación jugosa y brillante, en papel cuché, con reportajes sobre moda atrevida, manuales explícitos sobre cómo hacer gemir a tu marido en el potro de tormento, dramas humanos y fascinantes relatos de crímenes reales. Y era yo quien escribía esas cosas, no las de hacer gemir, sino las historias de crímenes y los dramas con interés humano, relatos de asesinos en serie y de esposas desaparecidas y de estudiantes asesinadas y metidas en bidones de doscientos litros por profesores con los que habían tenido una aventura.

Yo le estaba muy agradecida a Cat, pero justo es decir que recibía buen material a cambio de lo que me pagaba y que mis reportajes atraían lectoras y ganaban premios y una editorial acababa de decidir que iba a publicar doce de ellos en forma de antología.

Cat y yo nos conocimos hace siete años, en una pequeña revista local llamada *Get*, con una tirada de setenta y cinco mil ejemplares y dedicada a los acontecimientos de Nueva York: artes, cultura, sociedad, escándalo y crimen, no necesariamente por este orden. Hasta entonces, yo había trabajado en periódicos. Al terminar la carrera en la universidad de Brown, mi primer empleo fue en la sección de sucesos del *Albany Times Union*, de donde pasé al *Record* de Bergen County, en Nueva Jersey. Me gustaba todo lo relacionado con el mundo de la delincuencia, aunque no sé bien por qué. Mi padre murió cuando yo sólo tenía doce años y mi ex marido apuntó una vez que mi fascinación por lo macabro procede de entonces. Yo me siento más inclinada a creer que se deriva de una experiencia que tuve durante mi primer año en la facultad. Alguien empezó a dejar notas desagradables en mi escritorio y en mi taquilla y, en vez de limitarme a leerlas, me dediqué a descubrir metódicamente quien era el autor (una chica) y la excitación que me produjo resolver aquel pequeño misterio me hizo sentir completamente superior. Al final, me di cuenta de que las revistas me permitirían una mayor libertad estilística que los periódicos; me trasladé a Nueva York y encontré empleo en la recién fundada *Get*.

Conocí a Cat, a quien en aquella época llamaban Catherine, el primer día de trabajo. Cuatro años mayor que yo, era la subdirectora y, aunque supervisaba sobre todo los artículos relacionados con el arte y con los famosos, sin tener nada que ver con mis tétricos artículos, llegué a ver cómo se pavoneaba de éstos en las reuniones. Enseguida le caí bien, debido tal vez a que no la adulaba como tanta gente hacía y, con el tiempo, empezó a pasarse por mi minúsculo despacho, cerraba la puerta y me hacía confidencias sobre la política de la empresa y sobre las complicaciones que se derivaban de salir con varios hombres a la vez, entre ellos uno casado y con dos críos. Sin duda, había visto que yo era capaz de guardar secretos, una cualidad rara en Nueva York. En una ocasión, incluso fui a Barbados con ella porque quería dejar preocupado y nervioso

a Jeff, con el que llevaba saliendo cuatro meses. ¿Y qué obtuve yo de nuestra relación? A mí me deslumbraba por completo su ambición, la absoluta seguridad en sí misma que exhibía y la valentía con que pedía lo que quería.

Cuando llevaba un año en *Get*, la directora de la revista dimitió en medio de un importante bronca porque el propietario la presionaba para que no publicara un artículo sarcástico sobre un amigo. Los diez que éramos nos reunimos esa tarde en el vestíbulo, preguntándonos que diablos deberíamos hacer, hasta que Cat sugirió que dimitiéramos todos, como muestra de solidaridad. Y eso hicimos. Aquella noche nos reunimos en un bar con la directora, quien nos pagó varias rondas y nos dijo que en años venideros se hablaría de nosotros en las facultades de Periodismo. A mí me hubiera gustado sentirme exaltada e importante, pero todo lo que podía hacer era preguntarme si todavía tenía seguro médico, porque estaba a mitad de un desagradable tratamiento de raíces. Cat, sin embargo, parecía excesivamente tranquila, apoyada en la barra con su martini y un cigarrillo. Tres días después se anunció que la nueva directora de *Get* era ella.

No le dirigí la palabra durante cinco meses pero, al final, me sedujo con explicaciones de que una revista es más importante que sus propietarios y me ofreció la oportunidad de escribir artículos y reportajes más largos. Por aquel entonces, Catherine ya se había convertido en Cat, la directora que podía seducir a cualquier redactor para que trabajara para ella y que, como escribió alguien en su semblanza, sabía que un artículo era bueno si los pezones se le ponían duros al leerlo. Se convirtió en una figura en ciernes del mundo de los medios y, cuando llevaba dos años en el puesto, el propietario de *Gloss* utilizó un azuzador eléctrico de ganado para obligar a Dolores Wilder, la directora de sesenta y siete años, a retirarse «decorosamente», nombrando a Cat su nueva y prometedora sustituta. Todas las revistas importantes del grupo, las «Siete Hermanas», entre las que se contaban *Women's Home Journal* y *Best House*, tenían más de cien años de historia y, en opinión

de algunos, estaban anticuadas. Si querían sobrevivir, necesitaban sangre nueva como Cat. Ésta le había sacado al dueño la promesa de que la dejaría volver la revista del revés a fin de modernizarla. A los pocos días, me ofreció un contrato para escribir entre ocho y diez crónicas de crímenes o artículos de interés humano al año, como colaboradora externa, e incluso me brindó un diminuto despacho en la oficina. Podía seguir escribiendo para otras publicaciones, incluidas las revistas de viajes, algo a lo que me dedicaba como complemento. Precisamente, llevaba tiempo anhelando trabajar por mi cuenta, en vez de hacerlo como empleada fija, y aquel contrato me encantó.

Aunque nuestra amistad, como ya he dicho, era un poco extraña, la mantuvimos. De vez en cuando, Cat daba rienda suelta a la parte egoísta y malintencionada de su personalidad; en esos momentos, yo sentía la tentación de poner distancias pero, a continuación, ella hacía algo curioso y sorprendente, como dejar una bolsa en mi escritorio con un paquete de hielo y un frasco de treinta gramos de caviar.

El taxi ya había dejado la avenida FDR en el cruce con la calle Noventa y seis, y de allí seguimos por la Segunda Avenida, doblamos hacia el oeste por la calle Noventa y uno y continuamos hasta donde vivía Cat, entre Park y Madison, un barrio conocido como Carnegie Hill. Era una elegante manzana bordeada de árboles formada por villas señoriales, algunas de ladrillo, otras de arenisca parda y una pintada en un tono rosa claro. Enfrente de la casa de Cat se hallaba una exclusiva escuela privada de enseñanza elemental, cuyos alumnos solían llegar en lujosos cochazos negros, que también pasaban a recogerlos a la salida. Pagué al taxista y me apeé, cuidando de no derramar el café. La calle estaba vacía a excepción de un hombre enfundado en un impermeable amarillo que paseaba un regordete terrier en dirección a Central Park. Una aire fresco empezó a soplar de no se sabe dónde y una lluvia de florecillas rosas cayó desde un árbol en la bordillo de la acera. Cayeron pétalos sobre mi jersey, sobre mis zapatos, sobre mi pelo...

Mientras me los sacudía, escudriñé la casa de Cat en busca de señales de vida. Era un edificio de cuatro plantas, de ladrillo blanco con postigos negros, construido, me había dicho, alrededor de 1880. La entrada principal de la casa estaba en el primer piso y se accedía por unas puertas de doble hoja pintadas de negro y situadas en lo alto del pórtico. Debajo de éste, en la planta baja, una entrada separada llevaba al apartamento de la niñera, al que se accedía bajando varios peldaños desde la acera y cruzando un pequeño patio de baldosas. Una verja de hierro forjado de dos metros y medio de alto se abría a un vestíbulo debajo del porche y daba acceso a la puerta del apartamento. Me acerqué a la casa y me apoyé en la verja, frente a los peldaños que llevaban al patio. Desde allí, distinguí un leve resplandor que se escapaba por los bordes de los postigos de madera, que estaban cerrados, de las dos ventanas delanteras de los aposentos de la niñera. Ah, conque, al final, no había sucedido nada. Era obvio que Heidi había despertado de su sueño con resaca mientras yo corría hacia allí, tragándome los baches de Manhattan. Me pregunté si al menos me ofrecerían un cruasán antes de enviarme de regreso a casa.